

podrá presentarnos, con legítimo orgullo, un conjunto de sistemas de pensamiento, como las doctrinas upanishadicas, el Budismo, el Jainismo, el amoralismo, el determinismo, el materialismo, el atomismo, el escepticismo, en los cuales se revelarán la profundidad, la audacia y la inquietud intelectual de sus pensadores y también la vocación mística de esa cultura.

#### OBRAS CITADAS

- Atharva Veda*, ed. del Vishveshvaranand Vedic Research Institute, Hoshiarpur.  
*Brihadāranyaka Upanishad*, ed. Gitapress, Gorakhpur.  
 W. Caland, *Die Altindischen Todten-und Bestattungsgebräuche*, Wiesbaden, 1967 (M. Sändig).  
 J. C. Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*, Fondo de Cultura Económica, México, 1956.  
 J. Hastings, *Encyclopaedia of Religion and Ethics*.  
 A. B. Keith, *The Religion and Philosophy of the Veda and Upanishads*, Cambridge, Mass., 1925.  
 L. Lévy-Bruhl, *L'ame primitive*, Presses Universitaires de France, Paris, 1963.  
 A. A. Macdonell y A. B. Keith, *Vedic Index of Names and Subjects*, Motilal Banarsidass, Delhi, 1967.  
 H. Oldenberg, *Die Religion des Veda*, W. Hertz, Berlin, 1894.  
*Rig Veda*, ed. del Vaidic Samshodan Mandal, Poona; ed. del Vishveshvaranand Vedic Research Institute, Hoshiarpur.  
*Shatapathabrāhmaṇa*, ed. A. Weber, Varanasi, 1964.  
 F. Tola, *Himnos del Rig Veda*, Sudamericana, Buenos Aires, 1968.

PABLO VI AL R.P. HENRI DE LUBAC, S.J.

#### Nota introductoria del Cardenal Villot

SECRETARÍA DE ESTADO  
 N. 300.323

20 de febrero de 1976

Querido Padre:

En esta fecha en que cumple 80 años, me es dada la profunda alegría de remitirle una Carta Autógrafa, por la que Su Santidad desea expresarle su agradecimiento, ofrecerle sus felicitaciones y asegurarle el recuerdo en sus oraciones.

Por mi parte, me uno de todo corazón a la felicitación del Soberano Pontífice. Nos conocemos, Ud. y yo, desde hace tanto tiempo, tenemos tantos recuerdos en común, en especial de las Facultades Católicas de Lyon, que me siento cerca de Ud. de manera muy especial en esta ocasión.

Con mis mejores deseos respecto de su salud, le repito, querido Padre, mis sentimientos de fiel unión en el Señor.

J. Card. Villot

Al querido hijo HENRI DE LUBAC de la Compañía de Jesús

Querido hijo:

El 20 de febrero del presente año, celebras tu cumpleaños, llegando a los 80 años de edad. Con esta ocasión se agruparán junto a ti, no sólo los amigos y compañeros de la Compañía de Jesús, para la que eres una gloria, sino casi toda Francia e incontables eruditos de todo el mundo católico. Por ello hemos querido enviarte esta carta Nuestra para, a la vez que te manifestamos nuestro gozo de padre, hagamos pública, al mismo tiempo, la egregia estima en que te tenemos, así como podamos expresarte el agradecimiento en nombre tanto Nuestro como de la Iglesia.

Y en primer lugar has de saber que nuestro gozo fluye abundante de la consideración de los inmensos dones con los que te ha colmado Dios y que has utilizado tan sabiamente: tu agudísimo talento, el sacerdocio y la vida religiosa, una santa y extraordinaria fe, el interés y amor por la investigación que no pocas veces han desembocado en la adoración piadosa.

De esto ha nacido, querido hijo, un estilo de vida en el que la búsqueda de la verdad jamás te ha dado reposo. Y fue tu insigne investigación, abundante, sutil, ardiente, en la que cuestionaste la realidad natural, la historia, la religión cristiana, la Iglesia, las Sagradas Escrituras, la filosofía, las religiones de diversos pueblos y aun el ateísmo, sin olvidar a hombres, de diversas épocas, insignes por su virtud, ciencia y sabiduría, el motor incesante.

De lo cual ha surgido esa admirable colección de libros —elaborados

Por M. L. PFEIFFER

no sin trabajo ni esfuerzo y, a veces, no sin algunas dificultades— en los que siempre te fue solemnemente sagrado buscar la verdad con la mayor diligencia, seguir las huellas venerables de los Padres así como hacer tuyas las opiniones comprobadas de los antiguos y situar los argumentos discutibles, según el tiempo, lugar y momento oportuno, aduciendo siempre el mayor número de testimonios; buscando en la formulación de los juicios, la rectitud mental, lo mismo en el análisis que en la síntesis, tareas ambas para las que eres apto. Esas cualidades y, como leyes, de tus obras son la causa de su permanente vigencia.

Pero todavía hay que añadir a tus laureles el haber colaborado como experto en la celebración del Concilio Vaticano II, al que brindaste una contribución egregia así como en la Comisión Teológica Internacional de la que fuiste miembro con abundante fruto. Sin olvidar que ciertas colecciones de libros, gracias a tu esfuerzo, han alcanzado ilustre prestigio.

Con estas y otras obras egregias de tu talento, has levantado, querido hijo, un *monumento más durable que el bronce* (Horacio, Poesías, 3,30,1) para admiración y utilidad de todos los eruditos. Por lo cual, no pocas Universidades te han distinguido con el doctorado "honoris causa" y el Instituto de Ciencias Morales y Políticas de París te escogió como uno de sus miembros.

Y, sin embargo, todo lo que hemos recordado no agotan tus méritos ya que el resto de tu vida te honra y honra a la Iglesia. Por casi treinta años enseñaste en el Instituto Católico de Lyon de tal forma que, ya por el método de investigación, ya por tu autoridad magisterial, ya por la verdad comunicada día tras día a tus discípulos, éstos recibieron de ti gozosos frutos. Además, y esto Nos agrada recordarlo, tu piedad, alimentada con la Palabra de Dios y confirmada por los hechos en la vida, fue siempre una luz, brillante y cálida, para todos a los que la convivencia o la colaboración en el trabajo, los unió a ti.

Estos son tus principales méritos, querido hijo, para con la Iglesia y tu patria. Y Nos llenan de gozo. Pero queremos agradecer los beneficios que han brotado de tus escritos en favor de la religión cristiana, la teología, las otras disciplinas, pidiendo al mismo tiempo que las limpias aguas de tu piadosa mente continúen fluyendo el mayor tiempo posible.

En fin, Nos es un deber expresarte Nuestra profunda gratitud por tu justa veneración hacia el Vicario de Cristo, lo que nutre en Nos la esperanza y toca no levemente Nuestro corazón.

Terminamos, querido hijo, impartiendo, con el corazón dilatado, tanto a ti como a tus hermanos en la Compañía de Jesús y a todos a los que llevas en tu corazón, en señal de Nuestra benevolencia y como augurio de los dones del cielo, Nuestra Bendición Apostólica.

Palacio del Vaticano, 1º de febrero de 1976, décimo tercio de nuestro pontificado.

PABLO VI, Papa

El problema del hombre es quizá uno de los pocos que no pierde actualidad en la historia del pensamiento. El hombre ha sido y sigue siendo el más caro asunto para sí mismo. Sea de manera explícita en antropologías sistemáticas, sea de manera implícita en poemas, obras literarias, reflexiones filosóficas, científicas o teológicas, aparece siempre supuesto un concepto del hombre y su papel en el mundo que lo rodea.

Intimamente unido al problema del hombre está el problema de Dios, por eso no nos parece extraño que toda reflexión antropológica suponga una postura teológica. De allí el interés que suscita una obra como la que nos ofrece Manuel Guerra, en la que muestra las diferencias y semejanzas entre el concepto del hombre proveniente de Grecia y su filosofía y el que adquiere vigencia a partir de los textos bíblicos.

El objeto de la obra que analizamos es exponer la concepción del hombre en cuanto significativa del entorno y de su estructura. El autor no pretende plantear un problema lógico ni metafísico, para resolver el cual haría falta analizar detalladamente las respuestas reflexivas a la pregunta ¿qué es el hombre? en general. Lo que le interesa es ver qué son todos y cada uno de los hombres, qué es ese hombre que existe, y cómo existe para el griego y el hebreo.

Para que el trabajo no sea mal interpretado poniendo en pie de igualdad dos concepciones tan diferentes, hay algo que debe quedar aclarado desde el principio y Guerra lo hace: mientras entre los griegos, especialmente después de Sócrates, la atención se vuelca hacia el hombre, y ésta va erigiéndose en fin y medida de la filosofía, el arte y todo tipo de manifestación cultural, en la Biblia el acento es puesto en Dios. De allí que en ella más que de una antropología debamos hablar de una teología.

Que la cultura griega es antropocéntrica ha sido mostrado muchas veces, incluso podríamos llegar a identificar filosofía griega con antropología. Desde tal perspectiva incluso el conocimiento de Dios parte del hombre, los dioses son concebidos a "imagen y semejanza" de los mortales, sólo los diferencia la inmortalidad. Para el hebreo por el contrario, el centro y el origen es Dios. Su conocimiento no proviene sino de un movimiento del mismo Dios hacia el hombre. La antropología griega es en su esencia filosófica, la hebrea es teológica.

\* M. Guerra, Universidad de Navarra, Pamplona, 1976, 558 págs.